

NOCHE NEGRA

Enrique Congrains

Comentario crítico de Valery Quezada
y Jean Paul Espinoza



REDLIT

Red Literaria Peruana

Rescates Literarios

ENRIQUE CONGRAINS

NOCHE NEGRA

ENRIQUE CONGRAINS

NOCHE NEGRA

Comentario crítico de Valery Quezada
y Jean Paul Espinoza

Colección Ficciones



REDLIT

Red Literaria Peruana

Rescates Literarios

Rescates Literarios, 2

Noche negra

Literatura fantástica/Siglo XX/Generación del 50/Narrativa

© Enrique Congrains, por «Noche negra»

© Valery Quezada y Jean Paul Espinoza, por el comentario crítico

© Red Literaria Peruana, 2021

Organización literaria y cultural
redliterariaperuana@gmail.com

Coordinación y transcripción del rescate: Valery Quezada

Carátula, diagramación y cuidado de la edición: Christian Cachay

En la carátula: *Entierro precipitado* (1854) de Antoine Weirtz

Primera edición digital: julio de 2021

Disponible en www.redliterariaperuana.com

Esta edición es gratuita y su uso es de libre circulación. Queda prohibida su comercialización.

ÍNDICE

Nota sobre la edición	6
Comentario crítico	
«Noche negra» (1948): primeras reflexiones para un redescubrimiento del joven Congrains	8
<i>Valery Quezada y Jean Paul Espinoza</i>	
Noche negra	18

*El artista perdura realmente, en el
espíritu de una literatura, o por su obra
o por su descendencia.*

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

El cuento «Noche negra» fue publicado por el narrador peruano Enrique Congrains el 27 de junio de 1948 en el diario *La Crónica*. La transcripción que presentamos a continuación es fiel al texto original, pues solo se han realizado ligeras modificaciones en los signos de puntuación para facilitar la lectura.

COMISIÓN DE EDICIÓN

Red Literaria Peruana

COMENTARIO CRÍTICO

VALERY QUEZADA

JEAN PAUL ESPINOZA

«NOCHE NEGRA» (1948): PRIMERAS REFLEXIONES PARA UN REDESCUBRIMIENTO DEL JOVEN CONGRAINS

En las últimas páginas de su estudio *Narrativa de la víctima: fantasía y deseo en «Lima, hora cero»* (2015), el investigador sanmarquino Douglas Rubio Bautista ofrece una lista de referencias bibliográficas muy valiosa porque, por un lado, mapea exhaustivamente los principales acercamientos críticos a la obra de Enrique Congrains, y, por otro, enumera todos los textos de ficción publicados por este escritor peruano. Si bien todas las fuentes registradas en ese apartado constituyen un material de suma importancia, los textos que más llaman la atención desde nuestro punto de vista son aquellos en donde se lee el nombre de Enrique Congrains en fechas que corresponden a un periodo de seis años previos a la aparición de su libro debut, *Lima, hora cero* (1954). Realizando un cálculo sencillo es fácil determinar que, si el autor nació en 1932 y editó su *ópera prima* a los 22 años, para 1948 los textos debieron ser escritos, como máximo, por una pluma adolescente de tan solo 16 años. Hacia

mediados del 2019, este hallazgo de parte de quienes firman el presente documento fue el punto de partida para llevar a cabo una indagación en la primera etapa del narrador más recordado de la Generación del 50 después de Julio Ramón Ribeyro. Naturalmente, las preguntas que nos surgieron de inmediato fueron de muy variada índole: ¿qué temas exploró el joven Congrains en sus primeras incursiones literarias? ¿Es posible advertir algunos indicios de lo que posteriormente desarrolló en sus ficciones de los años 50? Y, considerando lo anterior, ¿se pueden establecer líneas de continuidad a lo largo de toda su obra o, en definitiva, estamos frente a una propuesta literaria con etapas muy diferenciadas unas de otras?

De acuerdo con las fuentes señaladas por Douglas Rubio, son dos los relatos que Enrique Congrains dio a conocer en el año 1948 a través del diario *La Crónica*. El primero lleva el misterioso título de «Noche negra» y hasta el momento no cuenta con mayores referencias en bases de datos ni portales especializados. El segundo, «Melancolía», tampoco es una obra que haya sido abordada de manera seria por la crítica, pero figura en la antología *Narradores peruanos de los 50's* (2006), preparada y comentada por Carlos Eduardo Zavaleta. Además, fue rescatada, en el 2001, por Miguel Ángel Rodríguez Rea en una revista de la Universidad Ricardo Palma. En pocas palabras, solo «Melancolía» ha conocido una reedición para aquellos lectores que, salvo que cuenten con la oportunidad de consultar los archivos de la Biblioteca Nacional del Perú, prácticamente no tienen posibilidad alguna de descubrir al joven Congrains. Desde luego, este hecho incrementó nuestro interés

y el misterio que de por sí ya rodeaba a «Noche negra», y en buena parte es por eso que tomamos la decisión final de difundir el texto después de 73 años.

Ahora bien, asumimos que es fundamental conocer el primer texto publicado por Enrique Congrains, pese a que no revela lo que muchos llamarían un «genio precoz». De hecho, el relato pone en evidencia la impericia del joven Congrains en aspectos que resultan elementales. En el plano formal, por ejemplo, es notorio el abuso de adjetivaciones, el uso impreciso de algunos términos o el empleo predecible de recursos lingüísticos para generar tensión (especialmente, los puntos suspensivos y su injustificada recurrencia en varios pasajes). También, en el plano de la estructura, no es muy difícil percibir la linealidad básica de la historia que, con uno o dos saltos temporales muy breves, no da visos de un manejo solvente del tiempo y el espacio. Por último, no estaría de más poner de relieve la aparición de situaciones forzadas que restan espontaneidad al cuento¹.

Entonces, ¿qué justifica la difusión de este Rescate Literario? ¿Solo basta mencionar que «Noche negra» es el primer relato publicado de una figura clave del canon narrativo del Perú en la segunda mitad del siglo XX? Tal vez sí, pero para responder esta cuestión con mayor profundidad, y antes de seguir anotando las muestras de insipiente de un escritor que por entonces contaba con tan solo 16 años, nos resulta interesante

¹ En los primeros párrafos, uno de los personajes sufre un accidente en un paseo de caza campestre y el narrador indica que «[...] daba la casualidad que en el grupo había un estudiante de Medicina [...]» (p. 20).

examinar cuáles fueron los rasgos que anticiparon su propuesta literaria más conocida que empezó con *Lima, hora cero* en 1954 y cuáles son las otras características que no desarrolló posteriormente. Creemos que en este análisis podremos describir aspectos claves de la primera escritura de Congrains y determinar cuál es la trascendencia que ocupa en su proyecto narrativo.

Quisiéramos empezar señalando que «Noche negra» no manifiesta una inclinación por plasmar entornos urbanos, acaso una de las peculiaridades resaltantes en los relatos más populares de Enrique Congrains. De hecho, el espacio de representación, aunque no es nombrado explícitamente, presenta cierta conexión con las áreas rurales o, cuando menos, de zonas alejadas de las grandes metrópolis. Sumado a eso, habría que mencionar que el diseño de la atmósfera que rodea los personajes es ciertamente lánguida, decadente y opaca. Se podría intuir que, tal vez influenciado por sus lecturas de adolescente, Congrains elabora un escenario que guarda similitud con las novelas góticas o románticas en donde no hay lugar para el ritmo vertiginoso de la ciudad. Se trata entonces de un cuento que, distanciado de lo que se esbozaría años más tarde en *Lima, hora cero* o *No una, sino muchas muertes*, no conoce de migrantes, tugarizaciones ni marginalidades. Ese podría ser el motivo por el que no se plantea, como se esperaría, una mirada sociológica que interpreta de manera crítica y evidente los fenómenos de la sociedad. Es más, contrariamente a cualquier visión orgánica de la ciudad moderna y sus efectos en las relaciones sociales, los lectores asistimos en «Noche negra» a un drama individual y hasta cierto punto descontextualizado.

Si en «Los Palomino» o «Lima, hora cero» las causas que originan la angustia de los personajes se vinculan con factores de clase como la desigualdad y la exclusión, en el cuento que nos ocupamos, las inquietudes recaen más bien en las desgracias familiares y en los accidentes producidos por el azar. De ahí, pues, que todo dolor expresado por el protagonista desembogue en pensamientos existenciales y tribulaciones metafísicas antes que en un cuestionamiento de las estructuras sociales. ¿Sería entonces estas observaciones suficientes para alegar una separación radical entre el joven Congrains y el de su periodo de madurez?

En el párrafo anterior empleamos el término *descontextualizado*. Por supuesto, la elección de esa palabra debe ser manejada con mucho acierto para evitar confusiones. En esencia, con *descontextualizado* nos referíamos a que el texto no presenta marcas visibles que lo anclen a una coyuntura específica, es decir, no contiene coordenadas espacio-temporales que uno pudiera identificar claramente en un correlato histórico. Sin embargo, esto no quiere decir que en el análisis uno no pueda percibir las huellas del tiempo y el horizonte cultural en el que se desarrolló la sensibilidad del autor. De hecho, la lectura revela varios aspectos que se entroncan directamente con la Generación del 50 y, en particular, por ejemplo, con la obra de Julio Ramón Ribeyro. Quizá el rasgo más enfático al respecto es la caracterización de personajes desesperanzados y grises que cargan con cierto malestar existencial y que, hacia el final de sus historias, nunca consiguen una redención feliz. Esa pulsión por recrear destinos trágicos —aunque sin el decorado

urbano de fondo—, esa fijación por retratar a seres fracasados que son abatidos por circunstancias que no eligieron, constituyen signos de una época cambiante en que, como bien demuestran los cuentos de Ribeyro y Congrains, la modernidad sería desenmascarada como una promesa trunca e inacabada. La visión derrotista puede leerse, en ese sentido, como un síntoma que se cierne sobre una generación. Si bien el fenómeno se expresa aquí en una narración más personal e íntima, en relatos como «Melancolía», publicado apenas unos meses después de «Noche negra», se comienzan a incorporar más elementos como la migración, sin perder esa dimensión de desgaste y descontento. Incluso, si avanzamos un poco más en el tiempo, hallaremos que prácticamente toda la producción cuentística de Congrains mantiene, aunque matizados con algunos gestos de resistencia, ese denominador común: la recreación de vidas que no logran sobreponerse a los infortunios que han caído sobre ellas.

A propósito de «Melancolía» y estas últimas observaciones, debe subrayarse que Congrains, en su primera etapa, centró su interés de alguna u otra manera en la experiencia de la muerte. Los personajes de «Noche negra» y «Melancolía» son colocados en situaciones límite que, súbitamente, generan en ellos una consciencia de finitud. Eso, lejos de suscitar un efecto liberador en los protagonistas, se torna en una angustia desesperada que busca enfrentar inútilmente al advenimiento de la muerte. El hecho es curioso por cuanto se tratan de seres muy jóvenes cuyo reconocimiento trágico de la vida, en una edad temprana, viene acompañada de soledad y desolación.

¿Por qué Congrains proyectó esa visión tan pesimista de la existencia? ¿Por qué esa falta de agencia tan notoria en los personajes? Consideramos que ahí se encuentra el brote germinal de una narrativa que pasará, con el tiempo, de una *imposibilidad individual* (es decir, el fracaso ante la muerte propia que se avecina) a una *imposibilidad social* (es decir, el fracaso de los vínculos de la comunidad y la integración colectiva).

«Agencia», «comunidad», «colectividad» son conceptos, por cierto, muy en boga cuando aparece «Noche negra». Y sería conveniente destacar al respecto la singularidad del cuento frente a las tendencias dominantes del periodo en que fue publicado. En la década de los 40, la literatura peruana ya contaba con exponentes muy relevantes en el ámbito latinoamericano como José María Arguedas o Ciro Alegría. Definitivamente, el indigenismo era la corriente que por entonces se erigía como la hegemónica y, por lo tanto, las ficciones narrativas apuntaban a describir principalmente las relaciones de opresión entre campesinos y hacendados. De ese modo, el pronunciamiento político frente a los abusos, la defensa legítima de la tierra, la organización tenaz de la comunidad y las dinámicas de los encuentros culturales se posicionaron como tópicos que, sin llegar a ser una «moneda corriente», dejaron una impronta significativa en los cuentos y novelas más conocidas de la época. Situado en un lugar diametralmente opuesto a este panorama, «Noche negra» se propone explorar nuevos derroteros de expresión que se relacionan específicamente con destinos individuales y crisis existenciales. La pregunta por el devenir del sujeto cobra entonces una relevancia muy especial.

Nos parece que ese no es un detalle menor básicamente por dos motivos: primero, porque permite construir formas de hurgar en la identidad del ser desde otros parámetros (ya no solo desde la cultura o la sociedad, como lo piensa el indigenismo) y, segundo, porque anticipa las inquietudes temáticas que más adelante retomarían voces como las de Julio Ramón Ribeyro. Basta leer los relatos más afamados del autor de *La palabra del mudo* para darse cuenta de que la reflexión sobre la condición humana ocupa un rol muy importante. Por eso, tenemos la impresión de que el primer Ribeyro y el primer Congrains, quienes publican sus textos más o menos en los mismos meses, sientan las bases para que el canon de la narrativa peruana de esos años diversifique sus tópicos de representación.

Las líneas que cierran la historia de «Noche negra» plantean una circunstancia que no logra esclarecerse a cabalidad. De hecho, el lector encara una zona de incertidumbre porque no puede distinguir si la escena se inscribe dentro de un fenómeno fantástico o de una construcción alegórica. Lo cierto es que no hay resolución definitiva y esa ambigüedad, es preciso indicarlo, no pertenece al repertorio de las técnicas de Congrains en su etapa de madurez. El pulso realista que caracteriza a *Lima, hora cero* o *Kikuyo* conduce al escritor a recrear desenlaces verosímiles (aunque en ocasiones no se sepa qué sucederá con uno u otro personaje). «Noche negra», en cambio, emplea un tono misterioso y enigmático, de manera tal que la frontera entre la realidad y la irrealidad se vuelve extraña y

difusa. El resultado final es la aparición de una imagen que, entre cinematográfica y poética, despierta sensaciones tan disímiles entre sí como el horror y la paz, el desconsuelo y la serenidad, la resignación y la fe. Lógicamente, dejamos a la hermenéutica de cada persona cualquier intento de dilucidación.

Es curioso que el autor tratara con indiferencia a su primera etapa y así lo hizo saber en diversas entrevistas; tal vez, como es frecuente, las inconsistencias propias de las primeras creaciones literarias le producían cierto rechazo. No obstante, consideramos que no hay mejor homenaje para un artista que el de sacar a la luz nuevas formas de abordar la complejidad de su propuesta estética y seguir generando reflexiones que animen a su lectura. Concluimos, en ese sentido, que es menester visitar a Congrains con un nuevo enfoque para no encasillarlo únicamente como un autor que elaboró en la narrativa de su tiempo las primeras representaciones de la migración en la modernidad limeña. Con esa consigna, nuestro rescate quisiera aportar a la construcción de una visión prismática de la obra congrainsiana a fin de hacer visible sus múltiples aristas y las transformaciones de su escritura.

Valery Quezada

Pontificia Universidad Católica del Perú

Jean Paul Espinoza

Pontificia Universidad Católica del Perú

LA CRONICA

Jefe de Redacción
César Gmo. Corzo

EDICION DE LA MAÑANA

Año XXXVII—Nº 15,592

24 páginas—30 centavos

Lima, Domingo 27 de Junio de 1948

EL MONTE BOUFOS ES LA PRIMERA FORTALEZA DE LOS GUERRILLEROS GRIEGOS CAPTURADA POR EL EJERCITO

LAPIZ DE MALAGA GRENET EXCLUSIVO PARA "LA CRONICA"

Se trata de un triunfo de honda significación moral

ATENAS, 26. (United) — El Monte Boufos, que tiene más de 500 metros de altura y que está densamente poblada de bosques, es la primera fortaleza de la Grecia Libre que cae en manos del ejército griego.

Para tomarla fué necesario que las divisiones primera y décimoquinta del ejército griego estuvieran atacandola por espacio de casi una semana; que se dispararan como 15.000 proyectiles de artillería; que se realizaran más de 1.000 vuelos de aviones de bombardeo y caza para bombardearla y ametrallarla y que murieran o quedaran heridos más de 200 soldados.

Desde el punto de vista moral o espiritual, para el ejército, este triunfo es de valor inmenso. El ejército ha reafirmado su fe en sí mismo, al poder realizar una tarea casi imposible en un terreno montañoso, minado y con posiciones poderosamente fortificadas y, aún más, defendidas por enemigos fanáticamente bravos.

El valor estratégico del triunfo también es grande, desde aquí el ejército griego ha iniciado ya ataques a los flancos de las guerrillas para reforzar sus costosos ataques frontales al vecino Monte Armoda, de 1.700 metros de altura, que es a manera de un ancla en el sector de la cadena de montañas Alevitas de la "Línea de Markos".

El valor actual del triunfo empero es pequeño, excepto para los comerciantes en maderas de calidad inferior. Poca madera queda en la cima, ya que la mayor parte de los bosques fueron quemados por efecto de las bombas de los aviones y por las balas incendiarias. Al otro lado del río que corre al fondo del cerro está la otra cadena de montañas más imponente que la de Alevitas.



Excmo. Sr. Dr. Fernando M. Castilla y Maiz, nuevo Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de España en el Perú.

Primera página del diario La Crónica (27 de junio de 1948).
[En esta edición se publicó «Noche negra»].

NOCHE NEGRA
ENRIQUE CONGRAINS

*La Central Literaria de LA CRÓNICA,
en su amplio deseo de estimular la naciente
producción, inserta hoy de preferencia
el siguiente cuento del joven Congrains.
Tanto la novedosa trama, llevada con la
sencillez que es de esperar, como la misma
naturaleza del estilo, amartillada por el
impulso de su inquietud aún escolar, dan
una pauta de promesa. Corresponde al
lector juzgar este intento.*

La campana de la Iglesia sonó ocho veces con lúgubre tañido, a la par que la luna asomaba por entre las copas de los gigantescos pinos característicos de la región. Andrés Hartley sentado en su sillón paseaba su mirada por la desierta habitación, mientras que de su entreabierta boca escapaban algunas bocanadas de espeso humo. Sus ojos enrojecidos y lagrimeantes demostraban, junto con su expresión abatida, que había sufrido algún rudo golpe del destino.

En efecto así era: el día anterior, él y su ya difunto hermano, Hugo Hartley, acompañados de algunos amigos, habían salido a cazar zorros. En lo mejor de la cacería, el alazán de Hugo metió una de las patas delanteras en un simulado agujero; el caballo perdió el equilibrio y el desprevenido jinete fue a dar al duro suelo donde recibió un fuerte golpe en la región frontal.

Daba la casualidad que en el grupo había un estudiante de Medicina. Éste se acercó a Hugo y le tomó el pulso. Siendo el resultado negativo, sacó un espejito del bolsillo y lo aproximó a los labios de Hugo. Si hubiese tenido vida, su aliento habría empañado el espejo por débil que hubiera sido esa respiración,

mas al quedar éste intacto, Eduardo Boid, que así se llamaba el futuro médico, no pudo dominar su emoción y guardó un comprometedor silencio. Entonces Andrés se le acerca y con tono inocente le pregunta:

—Bueno, supongo que Hugo no tendrá nada de cuidado.

Boid permaneció callado unos instantes, pero al fin, apremiado por la interrogante mirada de Andrés, respondió:

—Tu hermano debe haber sufrido algún fuerte golpe y yo creo que lo mejor sería llevarlo al pueblo donde el médico dará su diagnóstico.

Los demás componentes del grupo habían comprendido la gravedad de la situación, pues Boid, con una oportuna y discreta mirada, los puso al tanto del caso. Pero nadie tenía el suficiente valor para revelar a Andrés la dura verdad, aunque, no pasaría mucho tiempo sin que éste se enterase de la desgracia acontecida a su infeliz hermano.

Andrés notó el raro silencio y comprendió que lo de su hermano era algo más que una simple caída de caballo. Entonces un extraño y súbito temor se apoderó de él: era una angustia inexplicable y sintió una punzada horrible... era el Dolor. Su rostro empezó a languidecer. De pronto se le vio tomar una repentina determinación. Se dirigió donde Boid y con enérgica voz lo interpeló:

—Tú sabes qué tiene Hugo... en la cara se te ve que me ocultas la verdad... no soy un niño... dime pues qué le ha sucedido.

Boid miró a los demás integrantes del trágico grupo con expresión suplicante. Él no sabía qué contestar. Decir la verdad

Noche negra

era desatar una tempestad en el corazón de Andrés; lo mejor pues era no decir sí, ni no.

—Andrés —dijo Bold—, yo solo soy un simple estudiante de Medicina, y no puedo medir las consecuencias de la caída de Hugo. Que lo vea un médico.

Andrés asintió con un movimiento de cabeza; comenzaba a ver claro. Su hermano, su único hermano, había sufrido un accidente cuyos resultados eran difíciles de calcular. Se acercó al cuerpo de éste y lo examinó: la frente era el lugar que más había sufrido, toda su superficie presentaba una desmedida hinchazón y en algunos sitios brotaban hilillos de sangre. Aproximó entonces su oído al pecho de Hugo para oír la intensidad de sus latidos, pero estos nunca se oyeron...

En un instante Andrés comprendió la amarga verdad.

¡Hugo era cadáver!

Andrés no quiso recordar más, ¿para qué? Unas lágrimas cayeron. Y también lloraba su alma a la vez que se sublevaba contra el cruel destino. Sus párpados se pegaban y no quiso luchar contra el sueño, antes bien él quería sumirse en las profundidades del olvido; y así dulcemente fue olvidando su inmenso dolor. Se había dormido...

El cementerio presentaba esa noche un tétrico aspecto. Una espesa y pegajosa niebla se iba extendiendo perezosamente por el lóbrego lugar; la oscuridad era casi completa, venía a integrar el siniestro cuadro, pues la luz de la luna no lograba atravesar la compacta capa de nubes.

El día anterior Hugo Hartley había tenido un fatal accidente, a consecuencias del cual perdiera trágicamente la vida en circunstancias ya conocidas. Pero ¿Hugo había dejado para siempre el mundo de los vivos? La respuesta por ilógica que pareciera... ¡era que su corazón seguía latiendo!

Hugo, al caer del caballo, se golpeó fuertemente la frente. Aparentemente el golpe fue mortal, pero...



El ataúd era grande, muy grande. En él había espacio más que suficiente para un cadáver. El ocupante del féretro abrió los ojos, pero no vio nada. La oscuridad era reina absoluta. Trató de despegarse y no pudo, sus brazos tropezaron con las frías paredes de su última morada.

—¿Dónde estoy? —fue la muda pregunta que se hizo. Y recordó que el último acto de su vida que podría precisar nítidamente era el de su fatal caída. Después, después, era una página en blanco. ¿Dónde estaba? ¿Dónde?

—Esto parece un ataúd —se dijo Hugo sin llegar a comprender la horrible verdad de su idea.

Examinado el lugar en que se hallaba, identificó que el aposento, que no merecía tal nombre, era muy muy estrecho. De pronto, cual rayo destructor, la verdad quedó desnuda ante sus ojos espantados. Él estaba en un ataúd. ¿Dónde más podía estar? «Cuando caí del caballo seguramente sufrí un fuerte desmayo y creyeron que fallecí; después me enterraron», reflexionaba.

Noche negra

Era el momento más trágico de toda su vida. Apenas le quedaban unas miserables horas, o tal vez minutos de existencia. Después sería uno de los tantos que se fueron... para no volver.

Hugo se horrorizó. Nunca, ni en los momentos más sombríos de su no muy largo existir, se había imaginado que sus días terminarían de forma tan trágica. Pero él no podía hacer nada, y ni siquiera un milagro podía salvarlo. No había la más leve esperanza y, sin embargo, él no quería morir. Tenía que aferrarse a una tabla salvadora... pero ésta no existía.

El destino, triste verdad, era más fuerte que él. Luchar era imposible. Solo cabía resignarse y morir como hombre. Entonces comenzó a recordar su pasado, su corta existencia, sus éxitos, también sus fracasos. En fin, todo lo que forma la historia de un hombre desfiló ante su atormentada mente, hasta que llegó al actual momento. Hugo dejó de pensar y se sumió en el vacío...

Un torbellino de amargos pensamientos arrastraba a su imaginación, cual zarandeada nave, hacia los escollos de la desesperación. Su cara fue tomando una horrible expresión; expresión que revelaba claramente las angustias de su alma atormentada por los incesantes llamados de la muerte. Sus ojos parecían querer salirse de las órbitas y una espesa espuma iba brotando de su boca... De su frente corrían heladas gotas de sudor. Sentía frío, el frío de los que entran en la última agonía...

Las manos las tenía fuertemente crispadas, tanto que sus uñas se hundían inclementes en la roja carne, pero él no sentía ese dolor. El dolor que sentía Hugo era incomparablemente mayor: ¡el dolor del alma cuando sabe que se va!

Hugo, en su loca desesperación, trató de romper las barras que lo separaban de la libertad, de la felicidad, pero al fin, cansado y en algunos sitios sangrando, abandonó su tonta tentativa. Y sintiendo que los fuerzas le abandonaban gritó con salvaje y desesperado acento:

—Andrés, ven que estoy vivo. Ven... ven...

Dos veces pronunció esta postrera frase, pero al fin sus músculos se aflojaron, su expresión se aquietó, y quedó sumido en un profundo letargo.



Hacía dos horas y algo más que Andrés se había quedado dormido bajo los efectos de la honda depresión nerviosa en la que había caído. El silencio de la sala solo era interrumpido por los intervalos regulares por los fuertes ronquidos de Andrés. De pronto, y sin causa justificada, ya que ningún ruido anormal se había dejado oír en la callada habitación, Andrés abrió los ojos despertando de su sueño. ¿Qué es lo que lo había despertado? Él mismo no lo sabía, pero era algo extraño; se hallaba poseído de un raro temor hacia algo impreciso.

La habitación estaba a oscuras. Una nube ocultaba completamente al lucero de la noche, impidiendo así que su misteriosa luz iluminara el recinto. Andrés nunca había sido amigo de la oscuridad, y no era éste el momento apropiado para hacer las paces; así fue que se paró y se dirigió al interruptor. Cuando vio luz se sintió más tranquilo, y volvió a su sillón donde podría descansar a sus anchas.

Noche negra

Pero no habría pasado ni medio minuto, cuando Andrés horrorizado, escuchó una voz gruesa y lejana que lo llamaba por su nombre; la voz lo atraía misteriosamente. Andrés se paró como queriendo ir hacia la singular voz que lo llamaba, pero en ese momento recordó una cosa espantosa y macabra: esa voz... era... ¡la de su difunto hermano Hugo!

Si una montaña hubiera caído sobre él, o si el piso se hubiera hundido con sus pies, no habría sido mayor el asombro y al mismo tiempo el terror que sintió Andrés. Durante minutos que le parecieron horas, permaneció de pie como queriendo escuchar algo que sus cinco sentidos no lograban recoger. Pero se daba cuenta de que una cosa extraña y fuera de lo común flotaba en el ambiente. Al fin tornó a sentarse, y fue recobrando paulatinamente la serenidad que minutos antes había perdido; el color volvió a sus mejillas. Pero de pronto y ante su espanto la voz volvió a dejarse escuchar. Reconoció, sin lugar a dudas, que era la de Hugo, ¡¡¡de aquél a quien sus ojos habían visto cadáver!!!

Repentinamente atravesó el cuarto a grandes pasos. ¡Él ya había decidido lo que debía hacer!



La tormenta llegó a la región impulsada por los fuertes vientos del sur y amenazaba convertirse en furioso huracán. La naturaleza parecía querer huir del lugar, atemorizada por la violencia de los elementos desencadenados. De cuando en cuando, algún rayo rasgaba la insondable negrura de la noche, entonces se veían algunos árboles inclinados, casi besando la madre

tierra... Y cuando uno de esos rayos hizo su aparición en las tinieblas, se pudo ver allá a lo lejos, como a unos cien metros de la entrada del cementerio, una figura humana que luchaba por franquear el umbral que conducía al recinto de los muertos. El viento contrario, la helada lluvia y las numerosas malezas se oponían a su paso, pero al fin el majestuoso arco que constituía la única entrada al cementerio fue cruzado seguramente por primera vez desde que el sol se ocultó tras las colinas, aquel interminable día...

Entonces, curiosa la luna, asomó su faz por entre una nube, pero, presurosa y femenina, volvió a ocultarse en su negro refugio. Durante el corto tiempo que el telón de la noche se descubrió, se vio una figura humana ligeramente reclinada en un caído tronco; la luz fugitiva de un rayo de luna diole en el rostro, rostro frío, helado... helado por sus lúgubres pensamientos... pensamientos negros... tan negros como la noche... noche testigo de su locura...

Era Andrés Hartley que solo, frente a la tumba de paradas generaciones, contemplaba filosóficamente el siniestro cuadro que el destino ofrecíale. Su mano derecha empuñaba firmemente una zarandeada lamparilla de luz agonizante...

Con gesto decidido empezó a caminar hacia las profundidades del cementerio. Poco a poco las sombras se fueron cerrando sobre él, como si le quisieran arrancar la vida. Poco después se detuvo frente a una tumba. En ella había una cruz. Y en la cruz había unas palabras que fueron como fuego sobre los ojos que las leyeron. Sin embargo, volvió a hacerlo una y varias veces hasta que se convenció que allí decía: «Hugo Hartley (1907-1933)».

Noche negra

Entonces depositó la lámpara en el suelo, tomó la pala y empezó a cavar. Trabajaba al loco compás de los rayos, truenos, relámpagos. Poco después tenía un hoyo bastante profundo bajo sus pies. Arriba la tormenta estaba en su apogeo. Abajo un hombre luchaba por sacar a la luz de su mente un misterio. Misterio que no alcanzaba a comprender. ¡Un muerto que habla! Y el muerto era su hermano.

La pala tocó algo duro y metálico, una carcajada hueca y cavernosa salió de su boca; él mismo se asustó de su grotesca risa, pero frenético se echó al suelo y empezó a remover la tierra alrededor del ataúd. Con la pala dio unos cuantos golpes a la tapa. El pestillo saltó... solo tenía que levantar la tapa y comprender la verdad.

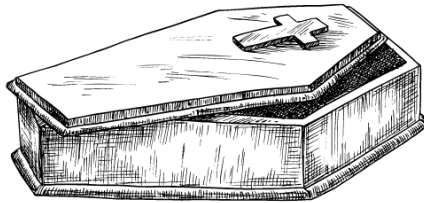
Sus manos temblaban y sudaban. Su pecho parecía no poder contener los alborotados latidos de su impaciente corazón. Sus ojos querían taladrar el objeto de sus afanes. Por fin se decidió, primero tímidamente; luego con cierta audacia fue levantada la tapa... Por fin ésta cayó con sordo ruido sobre la profanada tierra. Una débil sonrisa apareció mal dibujada en sus labios, pero ésta se trocó casi al instante en horrible mueca de espanto. ¡El cadáver de Hugo se movía! Un alarido de terror se escapó de sus labios y quiso huir, pero no pudo. Sus pies estaban como clavados en el suelo. Andrés hubiera querido desaparecer de la tierra y continuaba ahí frente al cadáver. Cerró los ojos. Tenía la ingenua esperanza de que todo fuese un sueño, una horrible pesadilla.

Arriba, la tormenta parecía haber hecho un paréntesis en su macabra danza, pero de pronto pareció que las entrañas del

Enrique Congrains

mundo se hubieran abierto. Un vengador zigzagueante bajó del cielo en pos de justicia, llegó a la tierra y un grito se oyó. ¡Grito de espanto, grito de muerte!

De las tinieblas al día, y con el día, la luz. Y en el suelo dos cadáveres se hallaron. El uno de rostro contraído y mirada espantada y en la mano fuertemente cogida una pala: era la Vida... El otro de expresión tranquila y serena, con un algo de nostalgia: era la Muerte...



Este Rescate Literario fue
culminado en julio de 2021 por
la Comisión de Edición de
la Red Literaria Peruana.